









## REBAJA DE CINCUENTA POR CIENTO

ultó en su seno. Pero como empezara á acordarse, el señor Rambaud trató de alejándole:  
— ¿os quedaís aquí, habéis prometido ser raba-  
do. Luchai hacia el pabellon cuando la puer-  
ta se abrió de par en par y Paulina se  
zó en ella. Sabiaha encargado de organi-  
zamiento. Tras ella bajaron todas las ni-  
ñas blancas vestidas y alusaban al sol,

-Vamos, estaos quietos... Mira, animal, ya has ensuciado el vestido... Yo vendré por ti después, no os movais.

El coche fúnebre había llegado, podían ponerle en marcha. Mrs. Debarle apareció gritando: ¡Que se han olvidado los ramos! ¡Paulina, ramos!

Entonces alguna confusión: había pre-

Andaba tierra de la calzada:  
Diriese que aquel carro llevaba una cosecha  
de flores, de ramos y de coronas, porque el ligero  
movimiento que sacudía las flores amontonadas  
las impedía ver el ataud, e iba sembrando  
camino de hojas de lila. De las cuatro esquinas  
del carro flotaban largas cintas de moaré blanco  
y negro, las manos de cuatro niñas: Sofía y María  
Cristina, una de las señoritas Levasseur y la pequeña  
María Giraud, que su madre llevaba de la mano.  
Andaban despacio: sus velos flotaban, y le

— ¡Si, es una pérdida muy grande—decía vieja solterona arrellanada en cómodo sillón, hubiera adorado a los niños, a las niñas y a todo; pero cuanto más lo pienso, tanto más teñto estoy de no haberme casado. Trae consigo muchos cuidados.

Creyendo que la distraía, habló de una d

pasos, un sepulturero levantó la cabeza y miró después de haber arrojado al aire la pala que su azadón removía. El cortejo no había llegado aún porque el cementerio era deserto. Volvió a la derecha y a través un grupo de necasías a las minas de blanco arcosilladas ante la tumba principal donde habían colocado el cuerpo de él. El abate Jouve extendió las manos para la última bendición. Oyó el ruido que la ancha piedra al cubrir la tumba, toda hinchada,

pre. ¡Oh! Blanca se morrió de miedo, pero unas a otras con los ojos muy como si acabaran de oír un cuento de terror. Pero al ponerse en pie, el sorprendido vio a sus mejillas; lo que decían no era verdad, eran cuentos para infundirle allí se estaba muy bien, aquel jardín bonito con sus yerbas tan altas; ¡podía jugar allí a escondite detrás de los pedros! Los preceptos se agolpaban a correr y bailar, y los blancos vestían como alas.

...mira-  
mientos,  
trones.  
...or vol-  
ia ser  
miedo;  
...a muy  
bien so-  
quellas  
...si fue-  
...an co-